Compre usted

LA BELLEZA

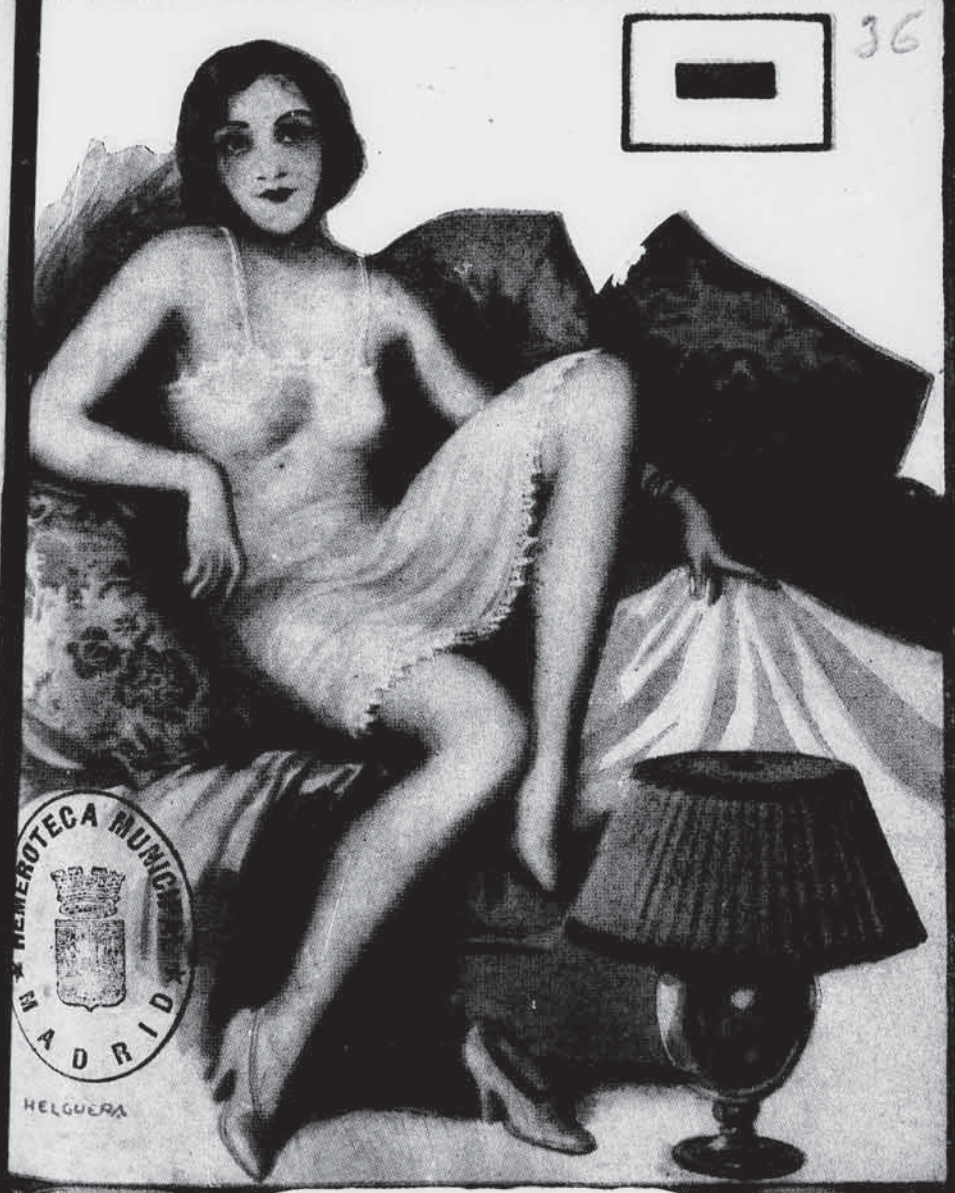
Publicación mensual

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta

La Novela Sugestiva

36



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

HELGUERA

Ricardo Altamira

LO QUE A ELLAS LES GUSTA...

150 CTS

LO QUE A ELLAS LES GUSTA

La Novela Sugestiva

LO QUE A ELLAS LES GUSTA

por

RICARDO ALTAMIRA

Ilustraciones de
HELGUERA

36

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



ESTABA muy contento el muchacho de haber ganado, hacía dos años, aquellas oposiciones a Hacienda, y de que le hubieran enviado a Barcelona unas semanas atrás. Leopoldo Huertos, que tanto había luchado con la vida, comenzaba a tener un poco de felicidad en su pobre existencia.

Cuando le hablaron de venir a Barcelona, había aceptado gustoso, pues había un motivo sentimental que le empujaba hacia la gran urbe del Mediterráneo: Nieves Alcaraz, la novia a la que él había querido con más honda pasión, estaba aquí.

Era un recuerdo quemante entre sus impresiones de muchacho, de noble y dulce muchacho bueno, sentimental y apasionado. El se hubiera casado con aquella mujer si un destino burlón, que parece complacerse en destruir nuestros más bellos sueños, no se hubiera encargado de reducir a añicos

las ilusiones del muchacho. Leopoldo era hijo de un empleado del Estado asimismo, que, al morir, dejó poco menos que en la miseria a la familia, a la viuda y a dos hijos, él y una muchacha. Leopoldo tuvo, pues, que hacer de padre desde los doce años, y esto le había hecho pensativo y sereno y dado a su alma una honda y temprana experiencia de hombrecito. Entre las amistades de su familia estaban los padres de Nieves Alcaraz, modestos comerciantes que quebraron, muriendo el padre de Nieves poco después. La derrota obligó a la muchacha, que era hija única, a buscarse la vida como institutriz. Por aquel entonces, una modestísima colocación que le brindó un antiguo amigo de su padre a Leopoldo, en una fábrica de Alicante, arrancó de la corte a los Huertos, separando a los novios. Leopoldo había sentido que su amor por la muchacha, por la compañera de la infancia, se aumentaba hasta el infinito y se idealizaba con la ausencia; pero la novia..., ¡oh las mujeres!, o fué que olvidó a Leopoldo en los cinco o seis años que vivieron los Huertos en la capital levantina, o fué que un señorito canalla la sedujo; lo cierto es que cayó en brazos de un hombre, del hijo de la casa donde prestaba sus servicios.

Fué la deshonra, el escándalo, cayendo de golpe sobre la vida de la muchacha. Su madre ya había muerto también, años antes, y Nieves se marchó de Madrid. ¿Adónde fué?... Leopoldo no lo supo siquiera. El desengaño le dejó en el alma un sabor



... Y depositarla en el suelo...

muy amargo. Pero años después, cuando volvieron a Madrid, él tuvo otras novias, otras historias, otros amoríos. Ya en Alicante había dejado también otra novia. De todos modos, los grandes amores de su vida de muchacho bueno seguían siendo su ma-

dre, su hermana... y el recuerdo azul, muy azul, de aquella primera novia de su adolescencia, cuyo candor, cuya pureza habíase gozado en destruir la vida con una crueldad que parecía humana...

Leopoldo, temperamento romántico y dulce, habíase propuesto, ante todo, labrarse un porvenir. La miseria le asustaba, más que por él mismo, por los suyos. Esto le había salvado, tal vez, cuando llevó el desengaño de Nieves, de caer en el amor furioso y bruto, en el centro del vicio, para olvidar, como los borrachos se arrojan al vino. El se había refugiado en el trabajo, en el orden, en una vida austera, casi de asceta. Gracias a esto, un leve bienestar volvió al hogar, frío y desamparado durante tanto tiempo. Leopoldo, robando horas al sueño, estudió mucho, aprendió contabilidad, taquigrafía, idiomas, y, finalmente, luego de rodar por oficinas y despachos otros cuantos años, ganó aquellas oposiciones en Hacienda. Su pobre madre, a la que él adoraba, disfrutó poco de la nueva dicha que les llovía del cielo, pues murió meses después, teniendo al menos el consuelo de ver casada a su hija. Leopoldo quedó solo en la vida. Su hermana, casada con un militar, había marchado a Bilbao, siguiendo el destino de su esposo.

Ningún hombre es más refractario al matrimonio que esos hombres que en la mañana de la vida han tenido que luchar con la miseria. Leopoldo estaba firmemente resuelto a no casarse, a menos de encontrar «un verdadero buen partido». Era sencillo

en sus gustos de muchacho sano, trabajador y honrado. Además, se encogía de hombros cuando alguien le hablaba de su posible boda. ¡Tenía tiempo para pensarlo, ya que apenas contaba a la sazón veinticuatro años!...

Un día, medio año atrás, recibió Leopoldo una carta inesperada. Era de Nieves. La antigua novia, en un lenguaje muy dulce y muy tierno, le decía que, en un periódico atrasado, había leído la noticia de su ingreso en Hacienda, y que no quería dejar de felicitarle. De paso, le hablaba a grandes rasgos de su vida. Estaba en Barcelona, con unos lejanos parientes, «que han tenido la piedad de no cerrarle las puertas de su casa a esta pobre mujer que te escribe»..., y trabajaba para una fábrica, aunque en casa. Luego le enviaba recuerdos, «muchos besos y abrazos» para «tu santa madre» y tu hermana.

Leopoldo se sintió conmovido. Aquella carta era la carta de una mujer buena, *a pesar de todo*. Su viejo amor se inflamó en él con gemas nuevas, porque ya no podía tener el perfume de pureza de los tiempos idos... Ahora fué como una rabia loca de poseer aquella mujer, de morderle la boca, de mancillarla como se mancilla a una querida..., mezclado con un dulce anhelo *de verla,* de oír su voz... Era su pasado, con todo lo que para él tenía de tierno y doloroso, de horrible y de sarcástico, a la vez; de inmensamente amable, blanco y puro, y de inmensamente aborrecible...

Un sentimiento complejo, como si dentro de él vivieran y compartieran su alma un apache y un santo, un místico y un rufián, empujó a Leopoldo a Barcelona. El estaba demasiado solo en la vida. Además... Nieves debía estar hecha ahora, la verdad, una arrogantísima muchacha de veinticuatro años..



HASTA hoy, en que había quedado definitivamente terminada la modesta instalación de su pisito humilde, no se decidió Leopoldo a escribir unas cuantas letras a Nieves.

Una carta breve, muy breve, muy respetuosa, en medio de su diáfana familiaridad, que traslucía el antiguo cariño... «Querida Nieves: No sé si sabrás que me trasladaron a Barcelona hace unos meses. Todos los días queriéndote escribir, pero hasta hoy me ha sido imposible hacerlo. Me alegraría mucho verte, pero no me atrevo a ir a tu casa, por temor a molestar a tu familia. Escríbeme diciéndome dónde podemos vernos, aunque sea sólo un instante. Yo vivo en la calle de Nápoles, 606, tercero. Espero tu carta, y te envío mientras tanto un cariñosísimo saludo.»

Leopoldo se echó la carta al bolsillo y salió a la calle.

Su casa quedaba muy arriba de la larguísima calle, ya cerca del barrio de la Salud, y desde aquí se contemplaba todo Barcelona como a vista de pájaro. Bajó unas cuantas bocacalles, y al llegar a la de Mallorca tomó el tranvía, trasladándose al centro. Desde la plaza de Urquinaona bajó a pie por Junqueras, ganando la vía Layetana. Iba a su oficina.

Adelantó un poco y echó la carta en el mismo buzón del palacio de Correos.

Barcelona le había impresionado gratísimamente al muchacho. Era una ciudad llena de luz, de sol, envuelta eternamente en un vientecillo suave, fresco y perfumado, que olía tan pronto a pinos y a montaña como a salitre y a infinito mar. Calles y bulevares, de una belleza insopechada, estaban a todas horas invadidas por muchedumbres afanadas, por millares de autos, de camiones, de carros, que comunicaban a la gran urbe una animación loca y alegre. Tiendas, oficinas, bazares, los bares y los cafés y los establecimientos todos, estaban instalados con un lujo, con un *confort* y con una serie de refinamientos que hablaban en seguida de una riqueza maciza, sólida. Además, en su oficina, instalada en el rascacielos nuevecísimo de la vía Layetana, Leopoldo había encontrado un jefe y unos compañeros amables, corteses. Todo contribuía a serenar el ánimo del muchacho y a comunicar a su espíritu un dulce optimismo.

Al salir de la oficina, a las dos, Huertos se dirigió al restaurante donde acostumbraba a hacer sus comidas, con un compañero, soltero como él. Era muy cerca, en el «Gran Metro». Y luego, como tenía las tardes libres y era un hermoso y apacible día de mediados de marzo, se fueron a pasear por la muralla del mar, contemplando el puerto y la hermosura incomparable y azul del Mediterráneo.

Al oscurecer, Leopoldo y su amigo, Enrique Mendívil, se separaron, y Huertos se dirigió a un círculo, del que habíase hecho socio, una de esas *casas regionales* que tanto abundan en la Ciudad Condal, y luego, a cenar.

Ya no se acordaba de la carta de Nieves cuando regresó a su casa, cerca de las diez.

La portera le dió una carta.

Y, una vez en su piso, rasgó el sobre y leyó estas líneas: «Querido Leopoldo: Tu carta, que ha llegado a mis manos a las dos, me ha causado mucha alegría. ¡Estás aquí!... ¡Y yo no he sabido nada!... He salido, a las cuatro, y he estado en tu casa, enterándome de que tienes piso puesto y que no vendrás hasta la noche. Por esto te escribo esta carta en un café. Mañana, como me ha dicho la portera que tienes ocupadas las mañanas, te esperaré, a las cuatro, en este mismo sitio desde donde te escribo: en el «Café de la Rambla». Estaré entrando, a la izquierda. Supongo vendrás. Te manda toda el alma tu desgraciada amiga.—*Nieves*.»

No durmió Leopoldo pensando en ella. Leyó y releyó la carta cien veces, entreviendo en sus lí-

neas la vieja ternura, la vieja alma apasionada de la muchacha. Al día siguiente, antes de las cuatro, ya estaba en el «Café de la Rambla». *Ella* llegó poco después, también casi con media hora de adelanto. Los dos se miraron desde lejos con una emoción enorme. En Leopoldo, la verdad, hubo una especie de rencor, mezclado con el sentimiento dulce que invadió su alma a la vista de aquella antigua novia.

El hombre se había puesto en pie y salió a su encuentro. Los dos se estrecharon la mano. Nieves llegaba vestida con un traje oscuro, y de velito.

—¡Hola, Nieves; mujer, ¿cómo estás?...

—¡Oooh!—pudo ella contestar únicamente, estrechando aquella mano y parpadeando con fuerza para no romper a llorar.

Se sentaron. Nieves estaba algo gruesa, muy guapa. Su rostro, muy pálido, tenía una expresión dulce de Dolorosa. Era morena, con el pelo y las cejas y las pestañas negrísimos. Sus ojos eran tan negros también, que parecían dos gotas de tinta, dos pedazos de la noche, que relucían con un brillo metálico. Tenían una expresión acariciadora y suave de tercionpelo. Leopoldo, que la recordaba fina y grácil, habíase sorprendido mucho ante la belleza maciza, fuerte y suculenta de esta mujer en plena juventud. Acaso su gordura resultase un poco excesiva; pero estaba, de todos modos, hecha «una real hembra».

—¿Cómo no me has avisado de que venías,

hombre?... ¡Ah, me alegró tanto tu carta!... ¡Tú aquí!... Yo creía que ya me habías olvidado...

—¿Cómo podía olvidarte, Nieves?... ¡A pesar del daño que me hiciste!

Ella cerró los ojos un instante y abatió la cabeza al pecho. Luego, al erguirse, él la vió llorar, con sus hermosos ojos fijos en los del hombre. Y todos los propósitos torpes, toda la rabia, todo el rencor que Leopoldo sentía por esta mujer, se diluyeron en una inmensa dulzura, en una inmensa ternura, en una inmensa piedad...

—¡Calla, calla!... ¡Tú no sabes lo que he sufrido!... He creído volverme loca de dolor en estos años... Fuí culpable, por infeliz, por buena, por demasiado confiada, y al nacer mi hijo, todos me abandonaron y me rechazaron como a un perro...

—¿Pero tienes un hijo?—interrumpió él asombrado.

—No, no. Nació muerto; pero yo quedé deshonrada para siempre. Entonces me marché de Madrid, y he luchado y sufrido mucho, mucho; no sé cómo lo he podido resistir... De todos modos, yo te ruego que creas en una cosa.

—¿Qué?

—En que he sido buena después...: de mi caída. Aquel infame me abandonó, y yo, convencida de que no tengo derecho a que ningún hombre me quiera, he vivido sola y callada desde entonces, pero sin volver a pecar. ¡Te lo juro!

—No me jures, pobrecita mía. Yo te creo. Y te

quiero, te sigo queriendo, Nieves, como siempre...

—No; tú a mí, no; soy yo la que te quiero más que nunca. ¡Eras tan bueno!... y yo que me creía que ibas a escupir a esta pobre mujer, a esta mendiga...

Leopoldo tuvo que consolarla ahora seriamente, y ella se recogió largo tiempo el llanto en su pañuelo. Después, ya más calmada, hablaron. Ella vivía aquí con unos parientes lejanos, un matrimonio casi obrero, porque habían venido muy a menos; pero eran gente honradísima que la trataban muy bien. La mujer de la casa y ella trabajaban para una fábrica de géneros de punto, que daba labor en casa. Ella no había sabido que murió la madre de Leopoldo hasta ayer.

—Murió hace dos años. Y Carmen, mi hermana, se casó también. Está en Bilbao. Tiene un nene muy mono. Ya verás el retrato.

La charla tomó al fin cauces más serenos, y los dos comprobaban que no se habían dejado de querer un instante. ¡Ay, si esta mujer no hubiera caído!... Leopoldo sentía que era el alma de su alma, la mujer que resumía su ideal, la compañera que sueñan todos los hombres buenos.

—¿Quieres que salgamos?—propuso él al fin.

—¡Sí, sí; vámonos! Aquí..., ¡yo no sé!, estoy cohibida; me parece que no puedo hablarte como yo quisiera...

Salieron a las Ramblas, y ella se cogió inmediatamente de su brazo. Al andar, Leopoldo compro-

baba que estaba gruesa, sí, muy gruesa, esta muchacha; con una gordura producida, tal vez, por un exceso de vida sedentaria, de falta de ejercicio... Pero conservaba su belleza radiante de morena.

—¿Dónde quieres que vayamos?...

—¡Oh, donde tú quieras!... Vámonos en un tranvía lejos del centro. ¿Tú tienes prisa?

—Yo, ninguna. ¿Y tú?

—Yo, tampoco.

—Entonces, vámonos a las afueras, a la montaña, ¿quieres?

—Sí, sí. Vayamos.

—Cogeremos el tren de Sarriá. Iremos a Las Planas o a Vallvidrera, ¿eh?

—Sí, sí. Donde quieras tú.

Tomaron el tren subterráneo de Tarrasa, yendo hasta el pie del funicular. En un cuarto de hora aquel tren tan rápido y tan cómodo les llevó desde el movimiento y la vida trepidantes de la plaza de Cataluña y de las Ramblas, hasta la quietud idílica y la paz inmensa de las montañas y de los pinares. La tarde de marzo tenía una quietud y una serenidad maravillosas, y en el aire flotaba un perfume hecho de todas las gracias de la primavera. Al salir de la estación los dos jóvenes, cogidos del brazo, sin mutuo acuerdo, se perdieron por un camino solitario que trepaba hacia el cercano pinar. Nadie por aquí. El camino subía blandamente una ladera, y los ojos descubrían jardines y huertos.

plantaciones, con frutales estallados de flor. La retama y el romero, en flor también, esparcían por el ambiente sus perfumes de almendras y de miel.

Ella fué la que rompió el silencio para decir:

—¡Ya ves! ¡Tanto tiempo sin verte, tanto tiempo separados, y me parece que te había visto ayer mismo, y voy cogida de tu brazo como una hermana!

El la acarició una mano, contestando:

—¡Como que eres eso, una hermana mía!

—Y te quiero como puede quererte tu hermana, más y mejor.

—¿De verdad?

—¡Con toda mi alma! ¡He pensado tanto en ti, te he echado tanto de menos estos años!. . Tantas veces he estado tentada de escribirte...

—¿Por qué no lo hiciste antes, Nieves?... Yo siempre te he querido mucho, mucho. Yo también he sufrido mucho, tanto como tú hayas podido sufrir...

—¡No! Porque si hubiera sido así, tú me hubieras buscado.

—¡Oh, pasaron tantas cosas!... Yo creí que tú huiste de Madrid por no volverme a ver.

—Yo me fuí enloquecida de dolor. Entonces no te hubiera querido ver ni a ti ni a nadie... Pero luego... Tú fuiste el que no contestaste a mi carta cuando te felicité.

—Pues si tú supieras..., si tú supieras que aquella carta tuya es lo que me ha hecho a mí venir a Barcelona...

Ahora fué ella la que preguntó incrédulamente:

—¿De verdad?

—Sí, Nieves. No sé por qué el corazón parecía avisarme de que tú no me habías olvidado, de que tú no podías olvidarme nunca...

Ahora los dos se habían parado. Estaban en el centro de un pinar solitario, donde el viento fino y fuerte de la tarde parecía rimar un canto litúrgico. Sin darse ellos cuenta, sus manos se habían juntado en un beso inmaterial, inmenso y puro, como el que se daban en aquel instante sus ojos... Pero después los brazos se abrieron, los cuerpos desfallecieron y las bocas se juntaron en un beso larguísimo, de infinito.

Fué como un beso doloroso, un abrazo lleno a la vez de furia y de rencor, de gloria y de tristeza... Casi llorando por el bien perdido, que ya no podrían resucitar ninguno, a pesar de su amor inmenso, los dos se mordieron los labios en un beso frenético. Leopoldo extendió sus manos, abrazando aquel talle mórbido, buscando luego las pomas de los senos, erguidas y duras entre batistas y encajes... Y sus dedos irreverentes se hundieron por el escote de la mujer, acariciando las carnes turgentes... Un seno brotó por encima del canesú, como un inmenso corazón, tibio y palpitante... El hombre lo mordió con placer infinito, sintiendo un loco placer de los cielos... La mujer, vencida, en-

tregada de antemano, toda de él, desfallecía sobre aquel pecho, hirviente como un volcán. Sus ojos se entornaban... Leopoldo no tuvo más que coger a la mujer dulcemente por el talle y depositarla en el suelo, como si fuera una flor inmensa. Las hojas secas de los pinos formaban aquí, con el heno y las matas y la hierba, un lecho rústico y perfumado... Al moverse, uno de los dos debía haber pisado alguna matilla escondida de tomillo, y el idílico perfume los envolvió, como una caricia oculta de la Naturaleza... Al caer, Nieves había arrastrado al hombre como en una furia frenética de ser poseída... Los dos comprendían que se habían deseado largo tiempo. Las faldas de ella, muy cortas de por sí, estaban ahora a medio muslo, y el hombre pudo besar frenéticamente aquellos lambos de piel blanquísima, aquellas columnas de mármol, duras y perfumadas, que se abrían con dulcísimo abandono... Leopoldo soltó los broches de las ligas, aspirando ya el perfume de la flor de la mujer, de las ropas finas, el calor de vida inmensa y suave que brotaba de aquellas piernas, de aquellas caderas, de aquel vientre... Su mano curiosa, febril y frenética, iba descubriendo y acariciando todos los encantos de la muchacha de nardo... Su piel, como la de todas las mujeres españolas, era de una blancura de nieve, a pesar de ser ella morena... Leopoldo sintió que la ráfaga de vida y de deseo más brutal y terrible que le había acometido en su existencia estremecía su medula, poniendo en su sangre una tempestad de pasión, un vértigo de locura en su frente... Ahora besaba con las manos también. Y sus labios insaciables recorrían y se posaban en todas las bocas de ella, sin asco, sin prisas, furiosamente y a la vez dulcísimamente... Al fin, enloquecidos los dos, rodaron, enlazados, como dos condenados, en la sima sin fondo de un delirio frenético.





o no hubiera podido separarme de ti ya, Leopoldo mío—decía la mujer—. Era mi vida demasiado triste, y mi amor por ti demasiado fuerte todavía para renunciar a tenerte. Lo único que me hubiera alejado de ti hubiera sido tu desprecio, tu desvío..., y tú mismo viniste a encontrarme. ¡Eres un santo!

El la besaba en la boca. Ya vivían juntos desde hacía dos meses. Dos o tres días después de la tarde inolvidable, Leopoldo había ido a visitar a los parientes de Nieves, un matrimonio medio burgués y medio menestral, sencillotes y buenos ambos, un tanto simples, que no sabían, en verdad, cómo quitarse a la muchacha de encima. La trataban, poco menos, que como a una criada, a cambio de la hospitalidad. Y Leopoldo, cuando salió de allí, le propuso a Nieves que se fuera con él. La muchacha aceptó la idea con entusiasmo. Y unos días después estaba aquí.

—Sí; mi vida era muy triste. Trabajar de la mañana a la noche, siempre recluída en aquella casa; y los sábados, ir a entregar a la fábrica. Alguna vez, un domingo, íbamos al cine mis primos y yo. Pero no tenía ni una amiga, ni un conocido, porque nosotras, las señoritas caídas, nó tenemos derecho a inspirar piedad ni perdón a nadie. Si yo hubiera sido una mujer mala, una mujer vulgar, pronto hubiera resuelto mi vida; pero me repugnaba la idea de ser mala. Hubiera preferido morir de hambre antes que venderme. Por amor, las almas como la mía son capaces de todo; sin amor, todo se me hacía odioso y aborrecible. ¡Y es que yo no comprendía que te esperaba a ti!

—¡Dulce mía!...—gemía el hombre, besándola de nuevo como se besa a una niña.

Nieves le adoraba con una pasión infinita, con un amor que tenía algo de fetichismo, de inmensa gratitud. Era como una niña grande, dulce, sumisa, bondadosa, tierna. Jamás Leopoldo pudo soñar, como no pudo soñar hombre alguno, una mujer que resumiera más y más completamente el tipo de la amante, de la mujer enamorada. Parecía adorar de rodillas al antiguo novio de su adolescencia, al que miraba como a un dios. De día y de noche, dormida y despierta, sólo vivía para él. Apenas escuchaba el rumor del llavín en la cerradura, corría al encuentro de Leopoldo, abrazándole y besándole con dulzura infinita. Era apasionada, tierna, además; como una esposa que,

por un milagro del cielo, pudiera conservar meses y meses el fuego, el entusiasmo y la pasión de la luna de miel. Leopoldo conoció los días más sabrosos de su vida, las horas más llenas, más alegres, más amables de su existencia junto a aquella mujer, que ardía materialmente entre sus brazos. Se le ofrecía como él la solicitaba, con la placidez de una esposa honesta o con los refinamientos brutales y feroces y hasta canallas de la más pervertida de las cocotas... Porque habíale él dicho un día que le gustaba verla desnuda, sólo con las medias y los zapatos, le recibía ahora siempre así, en estos días luminosos del comienzo del verano. Y era como una inmensa flor de carne, tibia, palpitante y perfumada, que se movía por los corredores y las estancias de la casa, llenando los ojos y el alma del hombre querido de una inmensa alegría. Cada tarde, al llegar él, ella le preguntaba, en cuanto cerraban la puerta:

—¿Cómo me quieres tener?... ¿Qué quieres tú?... ¿Qué me pides?... ¡Di, habla!... ¡Lo que tú quieras, lo que tú me pidas, como tú me lo pidas!...

Y el hombre, rezumando dulzura, estremecido de pasión, le pedía a la maga cada día caricias nuevas, más amor loco, más refinamientos, que Nieves concedíale con la delicia de una sacerdotisa de la locura, con el entusiasmo de una recién casada... El besaba sus senos altos, erguidos, firmes, mientras ella le iba desnudando... Luego, desnudo

él también, él suplicaba los besos más locos, las caricias más raras, los contactos más insospechados, que producen descargas y espamos epilépticos... Unos días, Leopoldo le rogaba:

—¡Estate como muerta!...

Ella se echaba, boca arriba, primero; de bruces, después..., y permanecía inmóvil, mientras la boca de él, las manos, las piernas, todo lo que era el hombre, la iban besando, lentamente, largamente, refinadamente, en una serie de besos y caricias enervantes, que no eran, en resumen, más que una sola y bárbara y trepidante caricia de los cielos..., hasta que Nieves, loca y enfebrecida de deseo, salía de su pasividad, arrojándose como una tigresa sobre el mâcho, que la poseía entre rugidos espantosos... Otros días era ella la que había de hacer de fiera en celo... Entonces, Leopoldo, unas veces vestido, otras desnudo, como ella, permanecía inmóvil durante unos minutos, sobre la *chaise-longue* del despacho, sobre la cama o simplemente sobre una alfombra, mientras ella, con un refinamiento de gran cocota o de ramera, obedeciendo con ahogados gritos de entusiasmo los ruegos de él, las indicaciones..., le iba besando y abrazando y envolviéndole en la ola cálida de su juventud, en el perfume irresistible de su amor de flor madura, de rosa de verano... No había caricia, ni refinamiento, ni perversión, ni vicio que Nieves no aceptara y realizara con loco entusiasmo sólo porque el hombre era dichoso...

Pasaba su lengua de fuego por toda la piel ardorosa de él, deteniéndose, insistiendo y besando con loca obstinación donde él quería, donde él rogaba, entre gemidos de un placer casi doloroso... Lejos de experimentar la más leve repugnancia por no importa qué parte del cuerpo idolatrado, lo besaba todo con un delirio frenético, llorando muchas veces de alegría al contemplar los espasmos epilépticos de Leopoldo, que creía morir de un placer frenéticamente insoportable... Y siempre, cuando rompían el abrazo larguísimo, devorador, extenuante, era la voz de la mujer la que se elevaba, suplicante y llena de llanto:

—¿Qué más quieres tú, corazón querido?... ¿Qué te hago?... ¿Qué quieres tú hacerme?... ¡Dime, dímelo!... ¡Bébeme la sangre, bébeme la vida si la quieres!...

Luego, tras las horas de llama, eran también unas horas muy dulces.

La mujer se movía por toda la casa, alegre y blanca, como una esposa bíblica, preparando la comida, arreglando los libros o el trabajo del hombre. Gozaba en hacer las comidas que a él le gustaban, en vestirse como él quería, en escucharle horas y horas, sentada en una sillita, a sus pies, como una esclava buena y sumisa. Leopoldo, a los pocos meses de esta vida burguesa y dulcísima, se consideraba un hombre casado. Habíase buscado un despacho, por las tardes, y trabajaba de cuatro a siete. De este modo, el hom-



—¡Ande, yo misma la desnudaré!...

bre pudo empezar a realizar el sueño de toda su vida: ahorrar algún dinero. Al salir de la oficina, Nieves le esperaba siempre, tan gentil, con su vestidito nuevo y su aire de burguesita honesta, y los dos, cogidos del brazo, daban un paseo por las Ramblas, por el paseo de Gracia, o tomaban un tranvía o un *metro,* trasladándose a las afueras. Otras veces se refugiaban en los jardines, viendo jugar a los niños en estos hermosos atardeceres del verano. Y el hogar, después, en orden y en quietud, tan limpio, tan en silencio, tenía un aire y un ambiente de supremo templo del espíritu. Era un pisito pequeño, en una de esas casas nuevas donde hay cuatro viviendas por rellano, y que les costaba doce duros. Pero guisaba la mujer con el gas, hablaban de poner una estufa eléctrica en cuanto llegara el otoño, y todo en la casa tenía un aspecto de limpieza rechinante.

Cenaban pronto y se acostaban temprano. Las noches eran otra fiesta interminable de la carne y del espíritu para los dos. Se querían con un frenesí que parecía dimanar de su misma pureza. Era una compenetración tan grande de sus almas, de sus cuerpos, que realizaban los dos el supremo ideal de la pareja humana, unida a la vez por los fuegos de la pasión, por los lazos de la materia y por la cadena de flores del espíritu...

De aquí dimanaba la fuerza de su amor.

Se dormían abrazados, luego de una larga fiesta extenuante, y el hombre dormía con la cabeza reclinada siempre en aquel pecho de mármol, en aquellos hombros de rosa, en aquel regazo que tenía toda la dulzura de un regazo maternal... Y si a media noche, o al despertar, pedía un beso a la maga, ella era la que, instantánemente hecha una brasa, le ofrecía todas las flores de su cuerpo... Y el hombre libaba y libaba, bebía y bebía, en aquel cuerpo de fuego y de azucena, todas las mieles del amor y de la vida...





Un día, a los dos años de vivir juntos, vino a habitar, en uno de los pisitos de este mismo rellano, una linda señorita sola. Como las galerías de estos dos pisos estaban juntas, sin más separación que una ligera verja llena de macetas, pronto entre Nieves y la nueva vecina—Gertrudis Brun—se estableció una leve amistad, que se hizo a las pocas semanas más íntima y sincera. Gertrudis era una muchacha de unos treinta años, muy bella, muy rubia, con la piel casi azulada de tan blanca y unos ojos grandes, azules también, que acariciaban al mirar. Era alta, algo delgada, aunque bajo su elegancia, que tenía algo de exótica, se adivinaban unas formas magníficas. Vestía siempre con gran refinamiento, con un gusto exquisito, hasta con lujo, con ese lujo que hoy se puede permitir una burguesita de la clase media cuando es ordenada y metódica. Había explicado a Nieves que su padre era francés y su madre catalana; que sólo tenía lejanos parientes, con los que se trataba poco, y que vivía de una pensión decente.

Leopoldo habíase sentido impresionado desde el primer día por la belleza extraña de aquella espléndida mujer, en una madurez soberbia. Ahora, muchas veces, al regresar a su casa, el hombre encontraba a la guapa vecina haciéndole compañía a Nieves. Habían simpatizado mucho. Leopoldo se alegraba de aquella mistad, que parecía comunicar a su querida como una gracia y una alegría nuevas. Nieves estaba ahora siempre de excelente humor; reía como una colegiala, y el hombre la encontraba como un brillo extraño en los ojos, como un cambio inexplicable en todo su ser... No hablaba más que de la vecina, contándole a Leopoldo sin cansarse la elegancia de sus vestidos, el refinamiento de su ropa interior, su amor exagerado a la limpieza y a la higiene, el gusto insuperable con el que tenía puesta la casa...

—Un día has de pasar—insistía Nieves—. Ella misma me lo ha dicho. Es amable y educada esa chica como una princesita.

Leopoldo pudo observar cómo Nieves comenzaba a pulirse las uñas, a pintarse los labios...; y una noche la encontró, al desnudarla, vestida con una lindísima *combinación* de gran cocota. Esto le hizo sonreír, y le preguntó:

—¡Esto te lo ha hecho comprar tu amiguita!, ¿no?...

Ella sonrió, contestando:

—¡No; me lo ha regalado! ¿No te gusta?

—Sí, sí. Te hace muy bien. Estás más guapa.

Al día siguiente, Leopoldo pasó a casa de la vecina, donde estaba Nieves. Gertrudis tenía el pisito monísimo, en verdad. Y por un refinamiento de gran dama, le estaban instalando un baño en uno de los cuartitos interiores, por su cuenta.

El hombre le alabó cumplidamente su buen gusto, y ella escuchaba sonriente. Estaba siempre muy peinada, arreglada como una princesita. Mientras él hablaba, Gertrudis tenía cogida a Nieves por el talle y la acariciaba dulcemente. Leopoldo veía sonreír a su amante con una sonrisa ambigua, inexplicable, y le preguntaba a momentos con los ojos: «¿Qué?...»

En cuanto llegaron a su casa, él le preguntó:

—¿Qué?... ¡Me parece haber adivinado lo que me decías!

Nieves se alarmó un tanto, inquiriendo:

—¿Qué?... ¿Lo que yo te decía?...

—Sí... Es que, la vecinita..., ¡vamos!..., ¿tendrá un amigo, no es eso?...

Su amante se puso muy seria, diciendo:

—¡Oh, no! De eso te respondo. Es una muchacha buena..., aunque un poco... particular.

Y rió con una risa ambigua que hizo al hombre fruncir el ceño levemente.

Un pensamiento un tanto turbio, inquietante, pasó por la mente de Huertos. ¿Sería posible? ¡En todo caso..., tendría gracia!...

Su curiosidad de pasional refinado no sentía celos. Pero quería cerciorarse en todo caso.

Desde el día siguiente, con mañas y dulzuras, fué estrechando él también la amistad con la guapísima vecina. Ahora Nieves salía muchas tardes con ella. Iban al cine, hasta la hora en que salía Leopoldo de su despacho, allá a las siete o siete y media. Entonces, unas veces iba Nieves sola a esperar al hombre, y otras la acompañaba Gertrudis, que se mostraba siempre con su amiga muy cariñosa y deferente.

Por lo demás, Leopoldo, que las observaba de reojo, pudo convencerse bien pronto de que entre las dos había seguramente un dulce secreto. Las descubría mirándose en los ojos con una especie de luz extraña, que hacía parpadear a Nieves en cuanto sentíase observada o sorprendida. Gertrudis, no; Gertrudis no se turbaba nunca. Leopoldo la miraba a veces con un fuego infinito, y ella le sostenía la mirada... Y lo más extraño de todo era que Nieves, tan celosa, tan apasionada, mostrábase perfectamente tranquila observando cómo su amante devoraba con los ojos a la rubia...

Leopoldo se propuso saber lo que pasaba aquí...



UNA tarde, Gertrudis, cuando estaba terminando de instalar su pisito coquetón, llamó en casa de los amantes, rogando a Nieves que viniera a ayudarla. Iban a colgar la lámpara del comedor y algunas cosas. Nieves, con su bondadoso fondo natural, se apresuró a complacer a la amiga. Entraron, pues, empezando a colgar cuadros y cacharros por las paredes.

—¡Yo tengo cuatro cositas!, ¿sabe?—explicó la linda rubia—, y, la verdad, me gusta poner la casa lo mejor que se pueda.

—¡Ah, claro!

—Y la he llamado, más que por nada, porque yo me doy muy poca maña para estas cosas. ¿Quiere usted subir a esta silla?... ¡Yo la sostendré!

Subió Nieves. Y la otra, desde abajo, como el que gasta una broma dulce, comenzó a acariciar

las pantorrillas de la amante de Leopoldo, llegando a acariciar un muslo, al tiempo que exclamaba:

—Jesús, qué hermosísima es usted, Nieves! ¡Qué piernas, qué curvas!... ¡Cuánto daría yo por ser así!...

Sonrió la inocentona Nieves, mirando para abajo, sin saber qué contestar. Pero la otra insistió, acariciando ahora sus caderas por encima de la bata leve de batista.

—¡Y por aquí!... ¡Jesús, qué hermosa!... ¡Ya puede estar enamorado de usted su marido!... ¿Le quiere mucho?

—Nos queremos.

—¡Oh, es para estar loco! Una mujer así... A mí siempre me han gustado las muchachas llenas..., como usted.

Y pasaba las manos, con voluptuoso regodeo, por las caderas, por el dorso, por las piernas...

Nieves no sabía qué pensar. Estaba turbada, y cuando bajó de la silla miraba a esta mujer de un modo nuevo. Ella había oído ciertas historias de mujeres *de París* que siempre le habían parecido mentira. Y..., ¿es que existían aquellas mujeres, en realidad?... Desechó el pensamiento en seguida, y siguieron clavando clavos.

Sino que, al llegar a la alcoba de la vecina, Gertrudis exclamó, con alegría:

—¡A propósito! Voy a enseñarle a usted algunas cosas. Yo tengo ropas y cosas bonitas, aunque, en el fondo, no valen nada...

Abrió un armario, y comenzó a sacar batas suntuosas, vestidos de fantasía, ropa interior. De vez en cuando, con una animación que no chocó a Nieves hasta mucho después, reía y se arrojaba a besar a su amiga, con besos apasionados, como hacen las colegialas, sin dejar de explicar:

—¿Ve?... Esto es un refajo que me compré en París... ¿Le gusta?... ¿Sí, verdad?... ¡Ya me lo verá un día! ¡Quiero que me vea usted vestirme!... Por supuesto, que soy yo la que tiene verdadera curiosidad de verla a usted... ¡Debe ser muy hermosa desnuda!...

Y le acarició a Nieves el alto pecho con una caricia golosa...

Aquella tarde no pasó más.

Pero a la siguiente volvió a llamar Gertrudis a la vecina, llevándola, desde el primer instante, a la alcoba directamente. Estaban por la cama y por los muebles esparcidas las ropas. Y la linda rubia dijo:

—¡Hoy vamos a vestirnos las dos aquí, como si fuéramos a salir; ¿quiere usted?... Nos probaremos estos trajes. ¡Usted debe estar guapísima con este azul!...

Nieves había olvidado ya sus sospechas turbias de la tarde anterior. Esta mujer era una buena muchacha, sencillota e ingenua, que se aburría un poco de estar sola, y encontraba un placer en ponerse en comunicación con una amiga... Gertrudis misma, para dar el ejemplo, comenzó a desnudarse la primera. Por lo demás, estaba casi desnuda, con una leve bata de seda amarilla, muy amplia, en forma de kimono, y unos pantalones de pijama debajo. Nieves la encontraba elegante, original, extraña... Se había quitado la bata, dejándola caer sobre la alfombra, y luego se despojó de los pantalones del pijama, quedando en una *combinación* lindísima, granate, que resaltaba contra su piel blanca de rubia. Para dar ejemplo a su amiguita, para que Nieves sacudiera su cortedad o su vergüenza, o su simple reparo de desnudarse ante una casi desconocida, Gertrudis se quitó el ajustador; luego unos pantalones cortísimos, con un precioso encaje, y que apenas le cubrían el talle y el nacimiento de los muslos, quedando con una camisita tan frágil, tan leve, tan corta, que dejaba saltar por encima del canesú los senos firmes, triunfadores, y mostraba todos los encantos de la maga.

Nieves estaba cohibida, y su hermoso rostro de morena pálida se había cubierto de carmín, de hondo rubor. Una sonrisa nerviosa erraba por sus labios, y no sabía verdaderamente qué actitud tomar...

Entonces fué la otra, Gertrudis, la que, con gran desenvoltura, acudió también en su auxilio.

—¡Ande, desnúdese usted, no tenga vergüenza! ¡Míreme a mí!... ¿La gusto?... ¡Ah, usted debe ser inmensamente más hermosa, más guapa!...

—¿Yo?... ¡Oh, no, por Dios!...

Gertrudis se movía ahora con inmensa gracia, casi con violencia, por la alcoba, donde flotaba el perfume de su carne exquisita..., y Nieves veía sus piernas largas, sus muslos magníficos, sus medias de seda, señalando unas pantorrillas escultu-rales, sus pies maravillosamente calzados... Llevaba unas ligas negras, con rosas de fuego...

—¡Ande, yo misma la desnudaré para que no tenga usted vergüenza!... ¡Venga, venga!...

Se arrojó sobre Nieves, y entre besos y suaves empujones la despojó de la bata, dejándola en refajo. Nieves protestaba:

—¡Por Dios, que me hará cosquillas!... ¡Además..., pobre de mí, yo voy vestida un poco a la antigua por dentro!...

Pero la otra no la escuchaba; le quitó el refajo, dejándola en pantalones y en camisa. Luego le soltó el ajustador..., y al saltar los hermosos senos, como dos magnolias, Gertrudis se arrojó a besarlos, sin disimulos ya, con una furia golosa...

—¡Guapa, oh qué guapa es usted!... ¡Déjeme que la bese toda!...

Nieves había comprendido, al fin, con cierto regocijo... ¡Así!..., ¿ésta era una mujer como las de París?... Y... ¿qué iba a hacerla?...

Una curiosidad malsana, viciosa, el mismo sentimiento ambiguo que la había invadido en los primeros tiempos de Leopoldo, cuando él la iba iniciando en todas las locuras del amor, la invadió

plenamente... y se abandonó a los caprichos raros de su amiga...

Esta la había despojado también de los pantalones, dejándola en camisa... Y ahora la besaba frenéticamente, en todas partes; la acariciaba *como un hombre*... Nieves empezaba a sentirse contagiada del fuego de la rubia, que la llevó luego hacia el lecho, echándola violentamente... La querida de Leopoldo quedó ahora de espaldas, inerte, con sus senos y su talle y todas las flores de su cuerpo y todos sus encantos al aire... Y la otra, con sabia experiencia, la iba haciendo vibrar, buscando todas sus bocas, como hacía Leopoldo, convertidos sus dedos en bocas también, en serpientes feroces, que acabaron por hacer lanzar a la hermosa morena un rugido de placer nuevo...





DESDE aquel día, las dos mujeres se buscaron ya a cada instante. Leopoldo encontraba ahora casi siempre, al regresar, a Nieves en casa de la amiga... Por las tardes, cuando iban al cine, la rubia le deslizaba a Nieves una mano hasta el corpiño, acariciando sus morbideces... Y hasta en casa de los amantes, cuando Leopoldo salía de la estancia en que estaban ellas, Gertrudis le saltaba a la otra como un tigre, besándole y mordiéndola en la boca con furia...

Una de estas noches, Leopoldo, que habíase desnudado, dejando a las dos mujeres en la galería de la casa, se deslizó sigilosamente a lo largo del pasillo, hasta el comedor. Toda la casa estaba a oscuras, y el hombre pudo llegar al comedor sin ser notado. La puerta de la galería estaba abierta, y Huertos pudo ver, con toda precisión, a través

de la cortina de flecos peludos, cómo las dos mujeres, al percibir, quizás, algún leve ruido, deshacían un apretado abrazo...

Primero pensó en comunicarle su descubrimiento a Nieves aquella misma noche. No sentía celos, la verdad. Esto de que una mujer nos *birle* una querida o la comparta con nosotros, será todo lo indecente que se quiera, pero resulta bizarro en fin de cuentas... Leopoldo guardó silencio, pues, y durante toda la noche y el día siguiente estuvo ideando un apropiado desquite. Al fin lo encontró.

Se puso a espiar a Gertrudis, averiguando qué días quedaba en casa, a las horas en que salía Nieves. Y una tarde, faltando a su despacho, llamó en casa de la vecina. La sabía sola, y pasó sin esperar a que ella se asombrara. Fueron hacia el comedor, en semisombra, a causa del calor, y en cuanto charlaron unos instantes de cosas frívolas, Leopoldo, que habíase sentado muy cerca de la rubia, comenzó a echarle flores. Ella sonrió con un mohín de coquetería y suficiencia.

—¿De veras no había usted adivinado que yo estoy enamorado de usted, Gertrudis?

—¿Y cómo quería usted que yo lo adivinara? ¡No me lo creo!

—Pues puede usted jurarlo. Siempre he soñado una mujer como usted: rubia, con ojos azules, tan elegante, tan espiritual...

¡Qué gracioso!... ¡Teniendo usted una mujer

tan bella como Nieves!... ¡Si le supiera tan traidor!...

—¡Bah! No se ofendería. Además, usted sabe que Nieves es mi amiga.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero le quiere a usted como una loca.

—¡Como yo a usted, vamos!... ¡Y si usted me niega un beso, ahora que estamos solos!...

Leopoldo se había levantado, y ella le imitó, dando un paso hacia la sala. Pero él la alcanzó, enlazándola por el talle. Sus manos se sorprendieron al encontrar unas suculentas morbideces en aquella cintura que parecía tan grácil... La mujer había hecho un gesto de rabia, de asombro, y tomó una actitud de tigresa en celo... Hubo una lucha sorda, callada, un tanto violenta...; pero Huertos no se arredró, porque conocía bien lo que son esta clase de mujeres, que sienten cierta aversión hacia el macho, más bien por ignorancia de él que por vicio... Leopoldo era un sabio en la caricia, un refinado en el placer..., y supo besar y estrechar a la díscola, hasta turbarla, hasta vencerla... Y unos instantes después, la rubia gemía, estremecida, entre sus brazos.



A iba a salir cuando llamaron a la puerta, y entró Gertrudis, toda deshecha en llanto.

Los amantes se sorprendieron inmensa, desagradablemente.

—¿Cómo, Gertrudis?...

—¿Pues... qué le pasa a usted?...

—¡Ay, amigos míos!... ¡Soy muy desgraciada, muy desgraciada!...

—Pero... ¿qué ocurre?...

—¡Venga usted para acá!... ¡Entremos a mi despacho!... ¡Hable, amiga mía!... ¡Díganos!

—¡Oh, es tan triste!... Es que ustedes no saben... Ustedes son muy buenos... ¡Ha venido Lina otra vez, esa mujer, y...

No la comprendían.

—¿Cómo?... ¿Quién ha venido?... ¿Qué dice usted?...

Le dieron agua, un poco de azahar, y la senta-

ron. Nieves le hacía aire, de pie, con un abanico. Entonces ella, más calmada, se explicó:

—Lina es... una antigua amiga mía con la que yo tuve piso puesto varios años. Tiene un carácter despótico, terrible, y me tuve que separar de ella porque no congeniábamos. Pero desde entonces me persigue... Está empeñada en que yo vuelva a su lado; pero yo no quiero, ¡no quiero!...

Gertrudis volvió a llorar.

Nieves, al primer impulso, murmuró:

—¿Y con qué derecho la persigue a usted ni quién es esa mujer para obligarla a usted a vivir con ella? ¿Son ustedes parientas?

—¡Oh, no! ¡Si es italiana!... Y no pueden ustedes figurarse lo que... ¡Callen!...

Había sonado el timbre de la puerta. Nieves fué a abrir, mientras Leopoldo contemplaba a la rubia con curiosidad nueva, con una levísima sonrisa. El sí se explicaba el odio y el rencor de aquella italiana, a la que no conocía. Debía haber sido... otra amiguita de Gertrudis, de la que ésta hubiérase cansado...

Al abrir la puerta, Nieves se encontró frente a frente a una arrogantísima mujer. Mejor dicho, frente a una mujer alta, corpulenta, de rostro un tanto acaballado y hombruno, vestida con un traje sastre. Llevaba un cuello de encajes, walón, y una larga corbata roja, de torero. A Nieves le hizo mal efecto, y más cuando la oyó decir, con una voz ruda de marimacho:



Enlazándola por el talle...

—¡Buenas! Va usted a permitirme que pase un momento. Tengo que ver a Gertrudis Brun... ¡y sé que está aquí!

Sin esperar respuesta ni permiso de la dueña de la casa, casi empujó a Nieves y penetró corredor adelante.

Apestaba a tabaco.

Nieves la siguió, y cuando ya llegaban al comedor, apareció Leopoldo en el pasillo. Detrás apareció Gertrudis.

La italiana apenas saludó al hombre. Al ver a su amiga, avanzó hacia Gertrudis, con un puño cerrado y echando llamas por los ojos.

Y explicó, casi a gritos, accionando como un cochero:

—¡Perdón, señores! Pero me he visto obligada a venir aquí, a esta casa, para recoger a esta mujer. Se obstina en no volver a mi lado, cuando ella sabe que no tiene más remedio que hacerlo. Además...

—¿Y por qué he de volver a vivir contigo?—la interrumpió Gertrudis.

La otra jadeaba.

—¡Porque sí, mujer!—repuso con sarcasmo inmenso—. ¡No me obligues a dar un escándalo! Tú sabes que tienes que obedecerme...

Hablaba con un imperio inmenso, con una autoridad y una fuerza completamente de hombre.

Pero Gertrudis se sintió valiente:

—¡Haz lo que quieras, Lina! ¡Nunca más volveré a tu lado! ¡Pase lo que pase!

Al oír aquellas palabras, la italiana, pateando, babeando, echando llamas por los ojos, echando espuma por la boca, gritó, fuera de sí:

—¿Cómo es eso?... ¿Qué dices?... ¿Qué es lo que dices?... ¡Pues yo te digo que volverás cuando yo quiera! Sepan ustedes, señores, que esta mujer, a la que ustedes estaban considerando como una mujer decente y honrada, es... una perdida, es la última de las perdidas: estuvo enamorada de mí... y me propuso un comercio innoble. ¡Es... una *golfa;* eso es, una *golfa!*... ¡Ustedes no podían sospechar quién era! ¡Ya lo saben!... En cuanto a ti..., ¡ya nos veremos más tarde!... ¡Te juro que te vas a acordar de mí..., por éstas!...

Dió media vuelta, e iba a marcharse. Pero Leopoldo la cogió por un brazo y la retuvo, llevándola a su despacho. Gertrudis, rota en un llanto horrible, había caído sobre Nieves, y luego las dos se refugiaron en lo hondo de la casa.

Poco después, Nieves oyó que Leopoldo la llamaba.

—¿Qué quieres?—dijo acudiendo al pasillo.

—Verás. Me voy con esta señorita, que está arrepentida de las palabras que ha pronunciado. Dile a Gertrudis que retira todo lo que ha dicho.

—Sí, señora; perdóneme usted—murmuró Lina en un tono muy diferente al de antes.

Nieves murmuró una frase banal, asombradísi-

ma del cambio operado en esta mujer en sólo unos instantes. ¿Qué le había dicho su amante en el despacho?...

Se marcharon, al fin, Leopoldo y la italiana. Y ya en la calle, el hombre continuó:

—Yo se lo aseguro. Yo me encargo de todo. Comprendo perfectamente que ustedes son buenas amigas..., y mi esposa y yo influiremos en el ánimo de Gertrudis hasta que vuelva a su lado, o usted se venga a la casa de ella. Venga usted por aquí dentró de unos días.

Lina dió las gracias rudamente, y se marchó.

Leopoldo, al quedar solo, sonrió con una larga sonrisa de sarcasmo.

Y se dijo a media voz, caminando hacia el tranvía:

—¡Nunca pude sospechar una situación más terriblemente trágica y ridícula y extraña en la vida!... En fin, lo más bizarro va a ser la solución que yo voy a dar a esto...

Aquella tarde trabajó de un modo distraído y casi alegre en la oficina. A cada instante se decía:

—¡Pues a mí no me vais a ganar vosotras a cinismo!... ¡Estaríamos bien!... ¡El papel de José *el Casto* no lo hago yo por nadie de este mundo!...



INA, al quedar sola, se había dirigido a un café del centro, sentándose en la terraza.

Pidió café, una copa de whiski del Caballo Blanco y encendió un egipcio.

Miraba con desprecio a todo el mundo, con una especie de desparpajo de gran dama.

No es que fuera rica la italiana, millonaria; pero tenía un buen pasar, pues habíala criado una tía suya, en Nápoles, y al morir aquélla, que era una solterona, habíale dejado una buena renta, que la italiana recibía cada trimestre con regularidad matemática, por mediación del Banco de Roma, estuviera donde estuviera.

Hasta dos años antes, Lina había vivido casi siempre en Marsella, donde se estableció años después de morir su tía. La chica, que era morena, con ojos muy negros y ardientes de brasa,

la tez aceitunada y el aire gitano, había sido una viciosa precoz, que buscaba a los chiquillos cuando apenas tenía diez años, y que luego, al correr el tiempo, había devorado de un modo insaciable toda la literatura libre, verde, pornográfica y, por último, la obscena que caía en sus manos ávidas de placer... Cuando murió su tía contaba Lina trece años, y entonces tuvo el primer amante, un hombre de veintitrés, que le hizo conocer todas las locuras; pero cuatro años después, una francesa, una muchacha de su edad, que visitaba Nápoles con su familia, inició a la italiana en los placeres raros femeninos, exclusivamente femeninos, y, desde entonces, Lina ya no buscó otra cosa. No desdeñaba entregarse a los hombres, porque su carne morena ardía en una sed insaciable de todos los placeres; pero, ¡ah, las mujeres!... Cuando la gustaba alguna la seguía descaradamente, como un hombre; las escribía cartas; era audaz, osada y valiente, y hacía conquistas, más que por nada, la verdad, porque a muchas mujeres les intrigaba una loca curiosidad de ver y saber «lo que se hacía entre ellas»... Así había logrado llegar a tener Lina varias amigas, incluso una vez, tres al mismo tiempo, todas ellas en Nápoles; pero una de sus amiguitas, precisamente la que más le gustaba, se marchó a América con su marido, y Lina, enfebrecida de deseo, loca, tomó un vapor y se trasladó a España, adonde su amiga iba a detenerse por unos días.

Lina había llegado a Barcelona, pero no pudo encontrar el rastro de la otra.

Había ido a hospedarse a una pensión de cierto lujo, situada en un barrio aristocrático, y la italiana ya planeaba volverse a Nápoles, con las *otras*, cuando conoció a Gertrudis Brun. Esta muchacha, que vendría a tener aproximadamente la misma edad que Lina—unos dieciocho años en aquella época—, hacía dos que había quedado sola en el mundo, al morir su madre, y vivía fija en aquella pensión. Lina se fijó en aquella muchacha, rubia, gentil, muy linda, con un aspecto ambiguo de mancebo y de medio virgen, muy picante... Tenían las alcobas vecinas, y la italiana no tardó en iniciar una leve amistad con Gertrudis, a la que estudiaba constantemente. Comieron juntas, salieron juntas desde entonces, y Lina le hizo contar a la otra su historia y su vida; de ésta lo que más interesaba a la italiana era el saber si Gertrudis había tenido o tenía novio. Y cuando supo que no, se propuso conquistarla para su vicio.

No le costó mucho trabajo; no le costó apenas trabajo ninguno.

Una noche se quedó Lina hasta muy tarde en la alcoba de Gertrudis, incitando a ésta a que se acostara; y la española, al fin, se metió en el lecho, aunque diciendo, por pura cortesía, que no tenía sueño. Lina, sentada a la cabecera de la cama y hablando animadamente con la otra, acabó diciendo que querría acostarse también, pero que la

daba lástima marcharse; y, expeditamente, propuso:

—¿Me deja usted acostarme ahora aquí?... Luego me iría.

Un tanto sofocada y asombrada, Gertrudis accedió... Y la italiana, una hora después, se había convencido de que no eran sólo sus compatriotas las mujeres que adoraban los placeres lesbios...

... ...

Se habían marchado luego las dos amigas a Marsella, poniendo piso allí y haciendo vida marital durante más de ocho años; pero Gertrudis llegó un momento en que no pudo resistir más la tiranía de la italiana; Lina era violenta, despótica, hombruna, y últimamente su tiranía había llegado a hacerse insoportable para la española; no la dejaba salir; sentía celos de los hombres y de las mujeres, y Gertrudis rompió al fin las cadenas, marchándose de Marsella y regresando a Barcelona, su ciudad natal...

... ...

Lina había encontrado al fin a su antigua amiga.

Y ahora aquí, en la terraza del café, evocaba toda aquella historia, con una especie de febrilidad terrible, que la tenía a punto de saltar como una ballesta.

De pronto su ceño se frunció.

Pagó, se levantó y saltó a un taxi, dando las señas de las oficinas de Leopoldo.

Este se vió sorprendido poco después por las palabras de una mecanógrafa, que le decía, con un mohín burlón y delicioso:

—¡Señor Huertos! Aquí hay una señorita, muy guapa y elegante, que le busca.

—¡Caracoles!



Las dos amigas se acostaron...

—Sí, señor. Dice que se llama Lina Raccieri. Que ya usted sabe quién es. Aquí está su tarjeta.

Leopoldo salió al saloncillo, sorprendido.

¿Cómo, Lina aquí?... Si aún no hacía media hora que él se había separado de la italiana...

—Muy buenas tardes, señor Huertos, y perdón —comenzó diciendo la italiana, tendiéndole su mano enguantada—. He venido porque... tengo que hablar con usted de algo muy urgente e importante.

—¡Ah, muy bien!—repuso el hombre, luego de un instante de silencio, y yendo a sentarse—. Siéntese usted, señorita.

—No, no, aquí no. ¿No puede usted venir conmigo un momento?

—¿Salir de aquí?

—Sí.

—¡Hombre, señorita..., si es tan urgente y tan importante!... ¿Es que ha ocurrido algo?... ¿Ha vuelto usted a mi casa?

—No, no—opuso la italiana muy serena—. Es una cosa... particular, de usted a mí. Véngase. No le pesará.

Leopoldo accedió al fin, y los dos salieron a la calle.

Junto a la acera esperaba el taxi que había traído a Lina, y ambos subieron. La italiana dió las señas de su hotel, y poco después ella misma invitaba a Leopoldo a subir a su alcoba.

Era una alcoba amplia, limpísima, con muebles

lujosos. Leopoldo, que durante el trayecto había intentado en vano confesar a esta mujer inútilmente, preguntó ahora, cada vez más intrigado:

—Bien; usted me dirá, señorita... Y muchas gracias por la confianza que deposita en mí trayéndome a sus habitaciones.

Sonrió la italiana de un modo ambiguo y prometedor, que al joven le pareció del mejor agüero. «¿A que hago carambola rusa?»—se dijo, en el fondo, divertido.

—Bien; siéntese usted—dijo Lina al fin, brindando un egipcio a Leopoldo y encendiendo ella otro con un soberbio encendedor de oro—; lo que voy a decirle a usted, señor Huertos, es grave, muy grave; es gravísimo quizá; pero no se lo diré si antes no me promete no ofenderse, lo primero, y después guardarme el secreto...

Leopoldo, que se había sentado enfrente de la italiana, en el otro butacón, levantó la cabeza aun más sorprendido. ¿Adónde iba a parar esta mujer?...

—Bien; dígame lo que guste—contestó al fin—. Yo prometo todo lo que usted quiera. A una mujer tan guapa no se la niega nada, no se la puede negar nada.

—Muchas gracias—sonrió Lina—. Pues el caso es que... ¿Verdad que esa mujer tan linda con la que usted vive no es su esposa, señor Huertos?

—No, no es mi esposa. Es mi... amiga.

—Ya lo sé. Pues bien. Eso es lo que yo tengo que decirle. Que su amiga de usted le engaña.

—¿A mí?

—A usted. Le engaña... y del modo más cómico. ¿Con quién dirá usted?

—¿Con quién?—repitió él, un tanto divertido en el fondo, aunque intrigadísimo, en verdad, pues creía adivinar lo que iba a revelarle Lina.

—Pues le engaña..., ya ve usted, con... Gertrudis misma. Son... amiguitas. Usted ya me entiende. Y como yo no quiero andar con ambages con usted, le diré que Gertrudis, que no sé si ustedes la conocen bien, usted, al menos, ha sido... mi amiga también.

Hubo un silencio.

Leopoldo se levantó al fin y fué a sentarse en el brazo del sillón de la italiana, cogiéndola una mano con sencillez. Y dijo, inclinándose hacia ella:

—Ya lo sabía yo, Lina, eso. Precisamente hoy, al verla a usted aparecer por mi casa, ya sabe que la propuse, para apaciguarla, influir cerca del ánimo de Gertrudis para que ustedes se reconciliaran; pero es que ahora, puesto que usted ha sido conmigo tan brutalmente sincera, yo voy a ser también brutalmente franco con usted. Usted me deja, ¿verdad?

—Sí, sí; diga lo que quiera.

—Pues bien; yo quiero que me dé usted un beso terrible con esa boca napolitana que ha de saber a gloria pura..., en vista de que usted es tan... tan... ardiente, ¡vaya! ¿Verdad que sí?...

Ella sonreía, echándose para atrás, y él unió sus labios a los labios pintados de la italiana, que, perversa y loca, le pidió en seguida:

—Tenme así... Y déjame que yo te desnude...

Leopoldo se sintió mordido por todas partes por una boca insaciable de vampiresa... Luego ella le pidió una caricia rara, horrible, a la que él accedió con un loco entusiasmo...

* * *

Poco después, hastiados los dos, hablaron largamente en voz baja. Y Leopoldo, antes de marcharse del hotel, entregó a la italiana el llavín de su casa, diciéndola, al despedirse:

—Tú llamas al sereno, dices que vas a mi casa y subes.



QUELLA misma tarde, cuando salió Leopoldo de la oficina, le estaba esperando Nieves.

La mujer, algo pálida todavía, comenzó en seguida a hablar de lo ocurrido en su casa horas antes:

—¡Oh, la pobre Gertrudis está muerta de miedo! ¿Pero tú has visto qué cosa más extraña?

—Sí; pero ya está todo arreglado.

—¿Cómo?

—Sí. Esta noche Gertrudis dormirá en nuestra casa. Mejor dicho, desde esta noche dormirá ya siempre en casa, si ella quiere.

Nieves miró a su amante, sin comprender una palabra.

—¿Cómo?—repitió abriendo mucho los ojos.

—Yo te lo explicaré luego, en casa, mujer. Ahora no me preguntes nada. Te digo que todo está arreglado.

Llegaron a casa, y antes de cenar llamaron a Gertrudis, que acudió aun con los ojos rojos.

Leopoldo la dijo:

—Esta noche cena usted con nosotros.

—¡Oh, gracias; pero no tengo apetito!

—No importa. Haga usted por comer algo. Un poco de jamón, un poco de queso... Y luego una taza de leche con coñac. Eso le hará reaccionar.

Cenaron al fin, y luego de una breve sobremesa, durante la cual el hombre tranquilizó del todo a la rubia con respecto al porvenir, asegurándola que Lina no la volvería a molestar, Leopoldo siguió diciendo:

—¡Bien! Ahora, Nieves y yo vamos a acostarnos; pero le vamos a hacer a usted un ruego, Gertrudis.

—¿Qué?

—Que no se vaya. Que se espere a vernos acostados.

Las dos mujeres le miraron con un gran asombro.

—¿Cómo?... ¿Por qué?...

—Después lo sabrá usted. Ahora denos ese gusto, háganos ese favor... ¡Vamos, Nieves!... En seguida estamos... Después la llamaremos para decirla algo todavía...

Gertrudis quedó en el despacho, intrigadísima, mientras los amantes se acostaban.

¿Qué iba a decirla aquel hombre, que era tam-

bién su amante?... ¿Lo sabía Nieves?... Y, en todo caso, ¿qué quería decirla a ella ahora?...

La voz de él resonó, saliendo de la alcoba:

—¡Gertrudis, ven!

La mujer llevó un sobresalto, mientras Nieves miraba a Leopoldo con ojos espantados.

¿Cómo era que su amante tuteaba a... su amiga?

Gertrudis apareció en el umbral. Estaba muy pálida.

—¿Qué quiere?... ¿Qué me quieren decir?

—Que vengas. Que te acuestes aquí con nosotros...

La rubia sintió que su rostro se volvía de grana. Nieves también se había sofocado.

—¡Leopoldo!...

—¿Qué dice?...

—¡Mirad, mujeres!—añadió él entonces, incorporándose en el lecho—. Es inútil que intentemos fingir más los tres: los tres nos estábamos engañando. Yo sé que vosotras dos... os queréis mucho, y yo os quiero también mucho a las dos. Las dos me gustáis de un modo loco. Porque has de saber, Nieves, que también Gertrudis te engañaba conmigo, como yo te engañaba con ella, y tú me engañabas con ella también... Y yo os engañaba a las dos con la otra... ¿Comprendéis? Así es que dejemos de fingir..., y tú, desnúdate y vente aquí. Ponte al lado de Nieves. Por esta noche estaremos todos tranquilos, si así lo queréis.

Gertrudis y Nieves se miraron, divertidas, medio avergonzadas y medio temerosas. ¿Se atrevían?... Puesto que todos eran unos..., ¿para qué andarse con rodeos?...

Leopoldo, hombre expedito, encontró pronto la solución, y dijo:

—¡Mira, Gertrudis! Para que no te dé vergüenza, apagaré la luz mientras te desnudas. Anda, ve apagando luces por ahí fuera..., y ¡¡vente!!

Gertrudis obedeció, se desnudó en silencio y se deslizó a la cama de los amantes.

Luego, antes de que el hombre diera la luz de nuevo, preguntó con cierta inquietud:

—Pero..., ¿y Lina?... ¿Y Lina, Nieves?... ¿Y Lina, Leopoldo?... ¿Qué haremos de ella?... Porque vosotros no sabéis cómo está conmigo, y, a pesar de las seguridades que te ha dado a ti, según dices, Leopoldo, yo no estoy tranquila.

—Puedes estarlo.

—¿Por qué?

—Porque... Lina va a venir a dormir esta noche también con nosotros.

—¿Qué?...

—¿Cómo?... ¿Qué dices?...

—¡Callad!... ¡Ella es!... ¿No oís?...

Nieves se había incorporado, alarmadísima, y ella misma dió la luz.

—¡Sí!—dijo, llevándose una mano al pecho—. ¡Andan en la puerta! ¡Viene alguien!

—Es ella os digo—afirmó Leopoldo—. Le di el

llavín esta tarde para que viniera. Pero tranquilizaos: también ella... es mi amiga. Hemos pasado la tarde juntos..., y yo puedo dar fe de que es también una realísima hembra. ¡Hay que dejar vivir a todos!... ¡Ella también tiene derecho a la vida!...

Una triple carcajada acogió estas palabras de Leopoldo.

Lina apareció en la puerta de la alcoba, y rió también ante el cuadro terrible de las dos mujeres y Leopoldo acostados en una misma cama.

Entonces, haciendo un gesto obsceno, comenzó a desnudarse, al tiempo que decía, con su *argot* cosmopolita de *apachinette*:

—¡*Parti carrée*!... ¡Así me gusta!... ¡Esta noche lo vamos a hacer *tutto*!...

Y fué Lina, en efecto, la que vino a echar por tierra, una vez más, los propósitos nobles enunciados poco antes por Leopoldo, de pasar una noche tranquila y *como Dios manda* en unión de las tres mujeres...

FIN

Compre usted

LA BELLEZA

Publicación mensual

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta

LEA USTED

LA NOVELA FANTASTICA

100 páginas de lectura emocionante y de insuperable interés. Las mejores novelas de su género de los mejores autores del mundo.

Ejemplar: **50** cts